

racionalidad ambiental

La crisis ambiental es un efecto del desenvolvimiento. Un verdadero efecto secundario que ocurre sobre la materia sobre el mundo. Es una crisis de las formas de desenvolvimiento que se produce desde que el hombre advirtió como un animal nativo que el mundo que él vive es el mundo que la historia humana se desarrolla de la historia natural.

El desenvolvimiento ha desestructurado a los ecosistemas, destruido el ambiente destrutturado a la naturaleza. Las personas se han convertido en animales que no pueden poder que se arruina a la potencia de la naturaleza. Que los usan como los nombres contra otros nombres, el uso de los nombres de desenvolvimiento y la apropiación de la naturaleza.

Entre los dilemas del pensamiento moderno, emerge una racionalidad ambiental que permite develar los circuitos perversos, los entorramientos y entorramientos que entorramen a las categorías de pensamiento y a los conceptos científicos, la nulidad de racionalidad de sus estrategias de dominación de la naturaleza y de la cultura. Este libro se desentraña al efecto de la racionalidad técnica, económica e instrumental en la cosificación del mundo, hasta llegar al punto de smalar en el que se desparatiza la crisis ambiental. Muestra las causas epistemológicas de esta crisis de las formas de desenvolvimiento que ancladas en la metafísica y la ontología del ente, llegan a destrutturar la organización de los sistemas del planeta y a degradar el ambiente.

La racionalidad ambiental se va constituyendo al contrastarse con la racionalidad del desenvolvimiento y la racionalidad de la modernidad. Su concepto se fue gestando en la trayectoria de la cursiva del ambientalismo moderno, para ir creando su propio universo de sentidos. El libro es la firma de este concepto. Consistente con la intención de saber ambiental, se inspira a desconstruir la racionalidad por esta de la vida pero como el lenguaje ambiental se expresa, no podrá decir una última palabra. Abre un camino para hacer saber en la vida, para ganar territorios de vida para enfrentar la existencia fuera de los límites de la racionalidad de una razón de fuerza mayor que el mundo se entrega a la historia.

Leff, E. (2004) "La capitalización de la naturaleza y las estrategias fatales del desarrollo sostenible". Cap. in *Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza*, p. 105-131. México: Siglo xxi editores s.a. de c.v.

racionalidad ambiental

ENRIQUE LEFF

racionalidad ambiental

la reapropiación social de la naturaleza

ENRIQUE LEFF



LA CAPITALIZACIÓN DE LA NATURALEZA
Y LAS ESTRATEGIAS FATALES DEL DESARROLLO SOSTENIBLE

Las estrategias de apropiación de los recursos naturales del tercer mundo en el marco de la globalización económica se han reconfigurado en el marco del desarrollo sostenible. Ante la imposibilidad de asimilar las condiciones de sustentabilidad y los principios que orientan la construcción de una racionalidad ambiental, la política del desarrollo sostenible va desactivando, diluyendo y pervirtiendo las perspectivas que abre el concepto crítico de *ambiente* a un desarrollo alternativo. Si en los años setenta la crisis ambiental llevó a proclamar el freno al crecimiento antes de alcanzar el colapso ecológico, a partir de los años ochenta el discurso neoliberal anuncia la desaparición de la contradicción entre ambiente y crecimiento. Los mecanismos de mercado se postulan como el medio más certero para asimilar las condiciones ecológicas y los valores culturales al proceso de crecimiento económico. En la perspectiva neoliberal desaparecen las causas económicas de los problemas ecológicos. La crisis ambiental ya no es efecto de la acumulación de capital, sino del hecho de no haber otorgado derechos de propiedad (privada) y asignado valores (de mercado) a los bienes comunes. Una vez establecido lo anterior –afirma el discurso del desarrollo sostenible–, las clarividentes leyes del mercado se encargarían de ajustar los desequilibrios ecológicos y las diferencias sociales, la equidad y la sustentabilidad.

El discurso del desarrollo sostenible promueve el crecimiento económico negando las condiciones ecológicas y termodinámicas que establecen los límites y posibilidades para una economía sustentable. La naturaleza está siendo incorporada al capital mediante una doble operación: por una parte se busca internalizar los costos ambientales del progreso asignando valores económicos a la naturaleza; junto con ello se instrumenta una operación simbólica, un “cálculo de significación” (Baudrillard, 1974) que recodifica al hombre, a la cultura y a la naturaleza como formas aparentes de una misma esencia: el capital. Así, los procesos ecológicos y simbólicos son reconvertidos en capital natural, humano y cultural, para ser asimilados al proceso de reproducción y expansión del orden económico, reestructurando las condiciones de la producción mediante una gestión económicamente racional del ambiente.⁵

⁵ “Las condiciones de la producción no sólo son transformadas por el capital. También deben ser transformadas en y a través del discurso [...] Una vez completada la

La ideología del desarrollo sostenible libera al mercado, desencadenando un proceso incontrolado y desregulado de producción, un delirio de la razón económica, una manía de crecimiento (Daly, 1991). El discurso de la sustentabilidad aparece así como un simulacro que niega los límites del crecimiento para afirmar la carrera desenfrenada hacia la muerte entrópica del planeta. Se afirma así un proceso que se aparta de toda ley de conservación ecológica y reproducción social para dar curso a un proceso que desborda toda norma, referente y sentido para controlarlo. El discurso de la sustentabilidad opera como una estrategia fatal, una inercia ciega que se precipita hacia la catástrofe. El discurso de Baudrillard se refleja y encuentra su referente en el discurso del desarrollo sostenible y en sus manifestaciones en la crisis ambiental cuando afirma que:

Estamos gobernados no tanto por el crecimiento sino por crecimientos. Nuestra sociedad está fundada en la proliferación, en un crecimiento que prosigue a pesar de que no puede medirse frente a ningún objetivo claro. Una sociedad excrescente cuyo desarrollo es incontrolable, que ocurre sin considerar su autodefinition, donde la acumulación de efectos va de la mano con la desaparición de las causas. El resultado es un congestionamiento sistémico bruto y un malfuncionamiento causado por una hipertelia: por un exceso de imperativos funcionales, por una suerte de saturación [...] Las causas mismas tienden a desaparecer, a volverse indescifrables, generando la intensificación de procesos que operan en el vacío. Mientras exista una disfunción del sistema, una desviación de las leyes conocidas que gobernaban su operación, existe siempre la perspectiva de trascender el problema. Pero cuando el sistema se precipita sobre sus supuestos básicos, desbordando sus propios fines, de manera que no puede encontrarse ningún remedio, no estamos contemplando ya una crisis sino una catástrofe [...] Lo que llamamos crisis es de hecho la anticipación de su inercia absoluta (Baudrillard, 1993: 31-32).

El capitalismo ha engullido al mundo, lo ha enmascarado y velado en su propia imagen, llevado por “esa estrategia exponencial en la cual las cosas, privadas de su finalidad o de su referencia, se reiteran en una suerte de juego en un abismo”. La sobreeconomización del mundo ha generado una

conquista semiótica de la naturaleza, se vuelve imperativo el uso racional y sustentable del ambiente. Allí radica la lógica subyacente de los discursos del desarrollo sostenible y de la biodiversidad” (Escobar, 1995: 202-203).

revolución en las cosas que no se da más en su superación dialéctica, sino en su potenciación, en su elevación a la potencia dos, a la n potencia, de ese ascenso a los extremos en ausencia de toda regla del juego [...] Parece que las cosas, habiendo perdido su determinación crítica y dialéctica, sólo pudieran redoblar en su forma exacerbada y transparente [que] nos lleva hacia un éxtasis que es también el de la indiferencia (Baudrillard, 1983: 38, 46).

Lo que está en acto en esa excrescencia del Mundo Objeto no es la celebración del gasto, la manifestación exacerbada de la pulsión al derroche en la que Bataille veía el destino gobernado por el exceso, por “una organización aventurera, eventualmente absurda, un proyecto de energía devastadora, una antieconomía, un prodigio, un desafío a la naturaleza conservacionista” (1983: 86-87). Se trata de una compulsión al consumo que, contra el principio de escasez de la economía, desborda la ideología del progreso. La cuestión no se plantea como un dilema del sujeto –del control racional frente a la desmesura del deseo–, sino de la racionalidad económica misma, cuyo falso principio de racionalización de la escasez lo conduce a todos los excesos, que pervierte la ética iluminada por el pensamiento de la complejidad y la naturaleza ecologizada.

La retórica del desarrollo sostenible ha reconvertido el sentido crítico del concepto de ambiente en un discurso voluntarista, proclamando que las políticas neoliberales habrán de conducirnos hacia los objetivos del equilibrio ecológico y la justicia social por la vía más eficaz: el crecimiento económico guiado por el libre mercado. Este discurso promete alcanzar su propósito sin una fundamentación sobre la capacidad del mercado para dar su justo valor a la naturaleza, desmaterializar la producción, revertir las leyes de la entropía y actualizar las preferencias de las generaciones futuras. Esto lleva a cuestionar la posible sustentabilidad del capitalismo (M. O’Connor, 1994), es decir del irrefrenable impulso hacia el crecimiento de la racionalidad económica y su impotencia para detener la degradación entrópica que genera. La racionalidad económica resiste a su desconstrucción y monta un simulacro en el discurso del desarrollo sostenible, una estrategia de simulación, un juego falaz de perspectivas –*trompe l’oeil*–, que burla la percepción de las cosas y pervierte toda razón y acción en el mundo hacia un futuro sustentable. El discurso del desarrollo sostenible se vuelve como un bumerang, decapitando al ambiente como concepto que orienta la construcción de una nueva racionalidad social. La estrategia discursiva de la globalización se

convierte en un tumor semiótico y genera la metástasis del pensamiento crítico; disuelve la contradicción, la alteridad, la diferencia y la alternativa, para ofrecernos en sus excrementos retóricos una revisión del mundo como expresión del capital. El ambiente ya no sólo es refuncionalizado para valorizar y reintegrar sus externalidades dentro de la racionalidad económica que lo genera, al tiempo que lo rechaza. El ambiente es reapropiado por la economía, fragmentando y recodificando a la naturaleza como elementos del sistema: del capital globalizado y la ecología generalizada.

No ha faltado quien haya querido ver en el origen común de sus conceptos la vía para reintegrar la economía al sistema más amplio de la ecología, por el reconocimiento de su idéntica raíz etimológica: *oikos*. Mas esta operación hermenéutica y su táctica semiótica no podrían unificar los sentidos diferenciados dentro de los cuales se han construido los paradigmas de la economía y de la ecología, así como las diferentes cosmovisiones y significaciones culturales donde se han desarrollado los saberes sobre la vida y la producción, ni disolver las estrategias de poder de la economía que han dominado a la ecología. El discurso del desarrollo sostenible ha colonizado a la naturaleza convirtiéndola en capital natural. La fuerza de trabajo, los valores culturales, las potencialidades del hombre y su capacidad inventiva se trasmutan en capital humano. Todo es reducible a un valor de mercado y representable en los códigos del capital. El capital clona identidades para asimilarlas a una lógica, a una razón, a una estrategia de poder para la apropiación de la naturaleza como medio de producción y de reproducción de la racionalidad económica. De esta manera, las estrategias de seducción y simulación del discurso del desarrollo sostenible constituyen el mecanismo extraeconómico por excelencia de la posmodernidad para mantener el dominio sobre el hombre y la naturaleza.

El capital, en su fase ecológica, está pasando de las formas tradicionales de apropiación primitiva, salvaje y violenta de los recursos de las comunidades –la rapiña del tercer mundo denunciada por Pierre Jalée (1968)–, de los mecanismos económicos del intercambio desigual entre materias primas de los países subdesarrollados y los productos tecnológicos del primer mundo (Amin, 1973, 1974; Emmanuel, 1971), a una estrategia discursiva que legitima la apropiación de los recursos naturales y ambientales que no son directamente internalizados por el sistema económico. A través de esta operación simbólica, se define la biodiversidad como patrimonio común de la humanidad, las comunidades del tercer mundo como un capital

humano y sus saberes como recursos patentables por un régimen de derechos de propiedad intelectual. El discurso de la globalización aparece así como una mirada glotona más que como una visión holística; en lugar de aglutinar y dar integridad a la naturaleza y la cultura, las fragmenta como partes constitutivas del “desarrollo sostenible” para globalizar racionalmente al planeta y al mundo bajo el principio unitario del mercado. Esta operación simbólica somete a todos los órdenes del ser a los dictados de una razón global y universal. De esta forma, prepara las condiciones ideológicas para la capitalización de la naturaleza y la reducción del ambiente a la razón económica. Las estrategias fatales del discurso del “desarrollo sostenible” resultan de su pecado capital: su gula infinita e insaciable.

Las políticas del desarrollo sostenible buscan reconciliar a los contrarios de la dialéctica del desarrollo: el medio ambiente y el crecimiento económico. La tecnología sería el medio instrumental para revertir los efectos de la degradación entrópica en los procesos de producción, distribución y consumo de mercancías (el monstruo devora sus propios desechos y los reintegra a sus entrañas; la máquina anula la ley natural que la crea). El discurso del crecimiento sostenible levanta una cortina de humo que vela las causas de la crisis ecológica. Ante el calentamiento global del planeta se desconoce la degradación entrópica que produce la actividad económica –cuya forma más degradada es el calor– y se niega el origen antropogénico del fenómeno al calificar sus efectos como desastres “naturales”. De esta manera, el discurso del desarrollo sostenible no sólo significa una vuelta de tuerca más a la racionalidad económica, sino que da un salto mortal, un vuelco y un torcimiento de la razón: su móvil no es internalizar las condiciones ecológicas de la producción, sino postular el crecimiento económico como un proceso sostenible, sustentado en los mecanismos del libre mercado y en la tecnología como medios eficaces para asegurar el equilibrio ecológico y la justicia ambiental.

El desarrollo sostenible llegó a proclamar su triunfo anticipado, basado en las posibilidades de “desmaterializar la producción”.⁶ La tecnología ha sido llamada a disolver la escasez de recursos haciendo descansar la producción en un uso indiferenciado de materia y energía (Barnett y Morse, 1963); los demonios de la muerte entrópica

⁶ Ésta ha sido el proyecto prometeico que han emprendido el Wuppertal Institut y el World Resources Institute con el propósito de reducir el uso de recursos naturales por unidad de producto gracias al aumento en la eficiencia tecnológica y cambios en la estructura de la demanda.

serían exorcizados por la eficiencia tecnológica. La racionalidad tecnológica ha sido a su vez transferida al campo de la ecología. La ecoeficiencia y el manejo ecosistémico se han convertido en los instrumentos idóneos para la gestión del desarrollo sostenible, ampliando el espacio biosférico para extender los límites del crecimiento económico. El sistema ecológico funciona como una tecnología de reciclaje y dilución de contaminantes; la biotecnología inscribe a los procesos de la vida en el campo de la producción; el ordenamiento ecológico reubica las actividades productivas, refuncionalizando el espacio que da soporte a la producción y el consumo de mercancías.

Las políticas del desarrollo sostenible se inscriben en las vías de ajuste que aportaría la economía neoliberal a la solución de los procesos de degradación ambiental y al uso racional de los recursos ambientales; al mismo tiempo, responde a la necesidad de legitimar a la economía de mercado, que en su movimiento inercial resiste el estallido que le está predestinado por su inercia mecanicista. Como un alud de nieve, en su caída va adhiriéndose una capa discursiva con la que intenta contener su colapso. Así, prosigue un movimiento ciego hacia un destino sin futuro, sin horizontes ni perspectivas, que cierra las vías para desconstruir el orden económico antiecológico y transitar hacia un nuevo orden social, guiado por los principios de sustentabilidad ecológica, democracia participativa y racionalidad ambiental.

Las estrategias fatales de capitalización de la naturaleza han penetrado al discurso oficial de las políticas ambientales y de sus instrumentos legales y normativos. Con base en los fines comunes del desarrollo sostenible se convoca a todos los actores sociales (gobierno, empresarios, académicos, ciudadanos, campesinos, indígenas) a una operación de concertación y participación en la que se integran las diferentes visiones y se enmascaran los intereses contrapuestos en una mirada especular, convergente en la representatividad universal de todo ente en el reflejo del argénteo capital. Así se disuelve la posibilidad de disentir frente al propósito de un futuro común, una vez que el desarrollo sostenible se define, en buen lenguaje neoclásico, como la contribución igualitaria del valor que adquieren en el mercado los diferentes factores de la producción.⁷

Esta estrategia discursiva busca codificar y reconvertir a la cultura

⁷ Este discurso conciliador plantea reunir a todos los grupos de interés para alcanzar consensos y dirimir conflictos socioambientales, sin advertir que si bien existen intereses y posiciones negociables, existen otras que no podrán armonizarse en el "concertante" de los protagonistas del drama actual de la desigualdad social y la insustentabilidad.

y a la naturaleza dentro de la lógica del capital. Asimismo, intenta llevar las disputas sobre los sentidos de la sustentabilidad y la desposesión de los recursos naturales y culturales de las poblaciones hacia un esquema concertado, donde sea posible dirimir los conflictos en un campo neutral. A través de esta mirada especular (especulativa), se pretende que las poblaciones indígenas se reconozcan como capital humano, que resignifiquen su patrimonio de recursos naturales y culturales (su biodiversidad) como un capital natural, que acepten una compensación económica negociada por el daño o por la cesión de su patrimonio de recursos naturales y genéticos a las empresas transnacionales de biotecnología. Éstas serían las instancias encargadas de administrar racionalmente los "bienes comunes de la humanidad" en beneficio del equilibrio ecológico y de garantizar la distribución equitativa de sus beneficios, de lograr el bienestar de la sociedad actual y el de las generaciones futuras. De la valorización de los costos ambientales se pasa hacia la legitimación de la capitalización del mundo como forma abstracta y norma generalizada de las relaciones sociales. Este simulacro del orden económico, que levita sobre las relaciones ecológicas y sociales de producción, pretende liberar al hombre de las cadenas de la producción para reintegrar su cuerpo exhausto a la metástasis del orden simbólico donde se configuran los designios del desarrollo sostenible.

Así, las estrategias del capital para reapropiarse la naturaleza van degradando el ambiente en un mundo sin referentes ni sentidos, sin relación entre el valor de cambio y la utilidad del valor de uso. La economía del desarrollo sostenible funciona dentro de un juego de poder que otorga legitimidad a la ficción del mercado, conservando los pilares de la racionalidad de la ganancia y el poder de apropiación de la naturaleza fundado en la propiedad privada del conocimiento científico-tecnológico. Las estrategias fatales de la globalización económica conducen a una nueva geopolítica de la biodiversidad, del cambio climático y del desarrollo sostenible.

LA GEOPOLÍTICA DE LA BIODIVERSIDAD, DEL CAMBIO CLIMÁTICO
Y DEL DESARROLLO SOSTENIBLE

En el proceso de objetivación del mundo, el valor de cambio se desvinculó de su conexión con lo real, la economía se desprendió de la

condición de materialidad de la naturaleza y de la necesidad humana; la generalización de los intercambios comerciales se convirtió en ley universal, invadiendo todos los dominios del ser y los mundos de vida de las gentes. Con la invención de la ciencia económica y la institucionalización de la economía como reglas de convivencia universales, dio inicio un proceso de cinco siglos de economización del mundo. Este proceso de expansión de la racionalidad económica ha llegado a su punto de saturación y a su límite, como efecto de su extrema voluntad de globalizar al mundo devorando todas las cosas y traduciéndolas a los códigos de la racionalidad económica, razón que conlleva la imposibilidad de pensar y actuar conforme a las condiciones de la naturaleza, de la vida y la cultura. Este proceso económico no sólo exuda externalidades que su propio metabolismo económico no puede absorber; más aún, a través de su credo fundamentalista y totalitario se enclava en el mundo destruyendo el ser de las cosas –la naturaleza, la cultura, el hombre– para reconvertirlas a su forma unitaria y universal.

En este sentido, el proceso de globalización –los crecientes intercambios comerciales, las telecomunicaciones electrónicas con la interconexión inmediata de personas y flujos financieros que parecen eliminar la dimensión espacial y temporal de la vida, la planetarización del calentamiento de la atmósfera, e incluso el aceleramiento de las migraciones y los mestizajes culturales–, ha sido movilizado y sobredeterminado por el dominio de la racionalidad económica sobre los demás procesos de globalización. La sobreeconomización del mundo induce la homogeneización de los patrones de producción y de consumo, y atenta contra un proyecto de sustentabilidad global fundado en la diversidad ecológica y cultural del planeta.

Desde los orígenes de la civilización occidental, la disyunción del ser y el ente que opera el pensamiento metafísico preparó el camino para la objetivación del mundo. La economía afirma el sentido del mundo en la producción; la naturaleza es cosificada, desnaturalizada de su complejidad ecológica y convertida en materia prima de un proceso económico; los recursos naturales se vuelven simples objetos para la explotación del capital. En la era de la economía ecologizada la naturaleza deja de ser un objeto del proceso de trabajo para ser codificada en términos del capital. Mas ello no le devuelve el ser a la naturaleza, sino que la trasmuta en una forma del capital –capital natural–, generalizando y ampliando las formas de valorización económica de la naturaleza. En este sentido, junto con las formas de explo-

tación intensiva, se promueve un uso “conservacionista” de la naturaleza. La biodiversidad aparece no sólo como una multiplicidad de formas de vida, sino como “reservas de naturaleza” –territorios y hábitat de diversidad biológica y cultural–, que están siendo valorizados por su riqueza genética, sus recursos ecoturísticos y su función como colectores de carbono.

Pero ¿sobre qué criterios podría asignarse un valor económico a la biodiversidad y a los servicios ambientales que ofrece? Y más aún, ¿bajo que principios científicos, éticos y económicos se establecen las nuevas formas de apropiación de estas riquezas biológicas del planeta?

Las políticas que están siendo diseñadas y aplicadas para la conservación y la valorización económica de la biodiversidad no responden tan sólo a una preocupación por la pérdida de especies biológicas y por su importante función en el equilibrio ecológico del planeta. La biodiversidad se ha revelado como un enorme banco de recursos genéticos que son la materia prima de los grandes consorcios de la industria farmacéutica y de alimentos. Sin embargo, para los pueblos que se encuentran asentados en las áreas de mayor biodiversidad, ésta es el referente de significaciones y sentidos culturales que son trastocados al ser transformados en valores económicos; por otra parte, la biodiversidad es la manifestación del potencial productivo de un ecosistema, ante el cual se plantean las estrategias posibles de su manejo sustentable, así como las formas de apropiación cultural y económica de sus territorios de biodiversidad.

En el discurso del desarrollo sostenible, la fase actual del capital ecologizado y la capitalización de la naturaleza aparece como un nuevo estadio en el cual el capital sería capaz de exorcizar sus demonios y resolver las contradicciones que lo han acompañado desde su acumulación originaria y hasta la globalización económica actual. Sin embargo, llegado a su límite, y ante la imposibilidad de estabilizarse como un organismo vivo, el capital sigue una inercia expansionista que descarga sobre la naturaleza los desechos del proceso de “creación destructiva” del capital. La geopolítica de la biodiversidad y del cambio climático no sólo prolonga e intensifica los anteriores procesos de apropiación destructiva de los recursos naturales, sino que cambia las formas de intervención y apropiación de la naturaleza, llevando a su límite la lógica económica, en tanto que su inercia de crecimiento desborda los límites de sustentabilidad del planeta.

Economistas ecológicos como René Passet, Herman Daly, José Narredo y Joan Martínez Alier han advertido las limitaciones del merca-

do para regular efectivamente los equilibrios ecológicos y su capacidad para internalizar los costos ambientales a través de un sistema de normas legales, de impuestos o de un mercado de permisos transables para la reducción de las emisiones de gases causantes del efecto invernadero y del calentamiento global del planeta. Sugieren así que la economía debe constreñirse a los límites de una expansión que asegure la reproducción de las condiciones ecológicas de una producción sustentable y de regeneración del capital natural, de un principio precautorio basado en el cálculo del riesgo y la incertidumbre y a límites impuestos a través de un debate científico-político fuera del mercado.⁸

Sin embargo, la racionalidad económica carece de flexibilidad y maleabilidad para ajustarse a las condiciones de sustentabilidad ecológica del planeta. El debate político se ha enriquecido con los aportes de la ciencia sobre los riesgos ecológicos de la deforestación, la erosión genética y el calentamiento global, pero no ha logrado desasirse de las razones de fuerza mayor del mercado. La ley de la entropía, que establece los límites físicos y termodinámicos al crecimiento económico, es negada por la teoría y las políticas del desarrollo sostenible. Mas la teoría crítica de la economía basada en las leyes de la naturaleza, antes de haber llegado a fundar la positividad de un nuevo paradigma económico (de una economía ecológica), ha abierto las compuertas al campo emergente de la *ecología política*, donde el debate científico se desplaza hacia los conflictos ambientales. El tema de la sustentabilidad se inscribe en las luchas sociales por la apropiación de la naturaleza, orientando la reflexión teórica y la acción política hacia el propósito de desconstruir la lógica económica y de construir una racionalidad ambiental.⁹

La geopolítica del desarrollo sostenible se configura en el contexto de la globalización económica que, al tiempo que conlleva una desnaturalización de la naturaleza –la transgénesis que invade la vida–, promueve una estrategia de apropiación que busca “naturalizar”

⁸ En este sentido, ante la ficción del secuestro del carbono por la naturaleza y la toma de la naturaleza como rehén de la economía, posturas más lúcidas y críticas de la economía ecológica afirman que “Este objetivo de reducción debe fijarse fuera del mercado, a través de un debate científico-político en un terreno de incertidumbres factuales y científicas, lo mismo que de política de intereses. Así, la cuestión no es la internalización exacta de las externalidades en el sistema de precios (lo cual es imposible en el caso de tratar con acontecimientos futuros e inciertos), según las indicaciones de un mercado ecológicamente ampliado” (Martínez-Alier y Roca, 2000:459).

⁹ Cf. caps. 6 y 9, *infra*.

–dar carta de naturalización– a la mercantilización de la naturaleza. En esa perversión de “lo natural” se juegan las controversias entre la economización de la naturaleza y la ecologización de la economía. A esta muerte de la naturaleza sobrevive lo “sobrenatural” del orden simbólico en la resignificación política y cultural de la naturaleza.

Las formas emergentes de intervención de la naturaleza, así como nuevas manifestaciones de sus impactos y riesgos ecológicos, han puesto en uso común y en la retórica oficial nociones antes reservadas para los medios científicos y académicos; esta terminología se inscribe dentro de nuevas estrategias conceptuales que alimentan a la ecología política, donde se expresan visiones controversiales, conflictos de intereses contrapuestos y estrategias diferenciadas en el proceso de reapropiación de la naturaleza. La economía política, engarzada en la relación de la fuerza de trabajo, el capital y la tierra, se desplaza hacia una ecología política en la que los antagonismos de las luchas sociales se definen en términos de identidad, territorialidad y sustentabilidad. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas ya no se establecen entre el capital y el proletariado industrial –entre capital, trabajo y tecnología–; se redefinen por sus vínculos con la naturaleza. En el nuevo discurso sobre la biodiversidad y del desarrollo sustentable-sostenible, los conceptos de territorio, de autonomía y de cultura se han convertido en conceptos políticos que cuestionan los derechos del ser y las formas de apropiación productiva de la naturaleza.¹⁰

El manejo ecosistémico de los recursos naturales es regido ahora por un código global de ajuste a las condiciones del mercado. Con el “mecanismo de desarrollo limpio” (MDL), establecido dentro de

¹⁰ El concepto de territorio condensa, mejor que ningún otro, el reanudamiento entre lo real y lo simbólico en el campo de la ecología política, entre modelos cognoscitivos, soportes materiales y acciones sociales en las formas humanas de ser en el mundo. A diferencia del espacio geográfico, el territorio ha sido siempre el espacio habitado por relaciones de poder, espacios demarcados donde se establecen dominios y propiedades, donde se siembran y cultivan las culturas. Son espacios étnicos. Más allá de la sintomática trasposición metafórica de la política del espacio geográfico, que ha movido la historia por la conquista de territorios al terreno más etéreo de las ideas en el que se demarcan objetos de conocimiento y se establecen los dominios disciplinarios del saber (Foucault, 1980), el territorio es “lugar” de significación de prácticas, hábitat de culturas, soporte del Ser, al tiempo que el ser cultural forja sus territorios simbólicos y existenciales en relación con lo real que habita. La relación cultura-naturaleza se juega en el territorio, en términos de territorializaciones y desterritorializaciones (Guattari, 2000), que son las formas de geografiar la tierra a partir de prácticas en las cuales se reconfiguran identidades (Gonçalves, 2001) (véase cap. 6, *infra*).

las políticas de la globalización económico-ecológica, se busca inducir la restauración ecológica de la economía. Este “mecanismo” se basa en engañosas certezas científicas sobre la capacidad de absorción (captura, secuestro) de carbono por parte de las actividades agrícolas y las reservas de biodiversidad, sobre la funcionalidad de las tasas de descuento de una economía especulativa y la eficacia del mercado para reconvertir las tierras en los nuevos “latifundios genéticos” (Gonçalves, 2002a, 2002b) para los fines del desarrollo sostenible. Las políticas del “desarrollo sostenible” se fundan en un supuesto control del proceso de largo plazo a través del automatismo del mercado, desconociendo la incertidumbre que rige a los procesos económicos y ambientales, la ineficacia de las políticas públicas y los intereses encontrados sobre las estrategias de apropiación de la naturaleza. El candor teórico y el interés político se unen a la fascinación por las fórmulas científicas, la sofisticación de las matemáticas y la fe en el mercado, sin un rigor conceptual de las premisas sobre las cuales se construyen estos modelos de regresión múltiple hacia el no saber.

La geopolítica del desarrollo sostenible mira con optimismo la solución de las contradicciones entre economía y ecología; propone la reconversión de la biodiversidad en colectores de gases de efecto invernadero (principalmente bióxido de carbono) y establece nuevos derechos transables de contaminación. De esta manera deja en manos del mercado el balance posible entre economía y ecología, salda por adelantado la deuda ecológica de los países industrializados y los exculpa del excedente de sus cuotas de emisiones, extendiendo la huella ecológica sobre la biosfera, mientras induce la reconversión ecológica forzada de los países del tercer mundo hacia las finalidades globales del desarrollo sostenible.

EQUIDAD Y SUSTENTABILIDAD:

DISTRIBUCIÓN ECOLÓGICA E INTERCAMBIO DESIGUAL.

Luego de los esquemas de sustitución de importaciones e industrialización de los años sesenta y setenta, inspirados en las teorías de la dependencia, las economías latinoamericanas han vuelto a basar sus economías en su frondosa naturaleza –en su generosa dotación de recursos naturales y servicios ambientales y en sus ventajas compara-

tivas en los mercados verdes emergentes–, orientándolas a la exportación dentro de las estrategias y mecanismos del desarrollo sostenible. Al tiempo que las normas de la sustentabilidad, los regímenes ambientales y los certificados verdes hacen aparecer nuevas formas de proteccionismo comercial disfrazadas de competencia por la calidad ambiental y la conservación ecológica, el crecimiento económico sustentado ecológicamente no deja de ser un simulacro, cuyas falacias se hacen manifiestas con la erosión de la biodiversidad –a pesar de las reservas de la biosfera y los sistemas de áreas protegidas–, la pérdida de sustentabilidad de los ecosistemas, el calentamiento global y las crisis económicas y financieras de los países del Sur.

En la era de la producción intensiva en conocimiento, este “factor estratégico de la producción” se ha concentrado en los países del Norte, tanto en el sector industrial como en el agrícola. Esto no sólo se debe al mayor número de científicos y tecnólogos y a su capacidad para financiar un sistema de investigación altamente productivo. Ello se debe a su vez a la implementación de una estrategia de poder que les ha llevado a establecer derechos de propiedad intelectual dentro del nuevo orden global de la OMC, abriendo la posibilidad para que los consorcios transnacionales de biotecnología se apropien de la riqueza genética de los países biodiversos e invadan sus territorios con productos transgénicos. La desigual distribución ecológica generada por estos “mecanismos de desarrollo sostenible” ha ahondado la dependencia de los agricultores del Sur a través del régimen de patentes, que permite a las empresas de biotecnología captar los mayores beneficios económicos provenientes del control y la explotación de los recursos genéticos (Bellmann *et al.*, 2003).¹¹

Para algunos investigadores, el mecanismo de desarrollo limpio (MDL) y el mecanismo de implementación conjunta (MIC) ofrecen la panacea de una triple ganancia –económica, social y ecológica–, porque “transfieren capitales de los países industrializados a los países en desarrollo [...] se beneficia a las zonas rurales más pobres donde con frecuencia se localizan los bosques y se mantiene la cubierta forestal, en especial la de los bosques primarios, elemento crucial para conservar la diversidad biológica tropical” (Castro, 1999).¹² Sobre la premisa

¹¹ Hoy en día los cinco gigantes de la biotecnología concentran más riqueza que los grandes consorcios petroleros y las transnacionales de otros sectores industriales, como lo indican los análisis de Silvia Ribeiro y Hope Shand (Leff y Bastida, 2001).

¹² Las estrategias “win-win” del mecanismo de desarrollo limpio muchas veces se traducen en proyectos y acciones “lose-lose”. Como señalan Martínez-Alier y Roca en re-

del “valor total de la biodiversidad” –que concentra su valor en su riqueza genética, su capacidad de absorción de bióxido de carbono y su oferta de riquezas escénicas–, estas estrategias de revalorización de la naturaleza se justifican mediante sofisticados cálculos del valor de la biodiversidad basados en la asignación de precios a la función de captura de carbono y las tasas de descuento que conforman los modelos de simulación del neoliberalismo ambiental (Pearce y Moran, 1994).

Sin embargo, los cálculos sobre la capacidad de “secuestro de carbono” por ecosistemas clímax y plantaciones comerciales son más una ficción que una hipótesis científica verificable, capaz de traducirse en una política de conservación ecológica efectiva y en una distribución económico-ecológica equitativa.¹³ Más elusiva es la aplicación de tasas de descuento para actualizar los precios de la captura de carbono y los procesos económico-ecológicos asociados, sujetos a altos grados de incertidumbre, así como a las luchas sociales y los conflictos ambientales de los que dependen las formas de apropiación y de manejo productivo de la biodiversidad. Con la captura virtual del excedente de carbono por los bosques tropicales y del valor arbitrario que adquiere en los mercados de permisos de emisión de gases de efecto invernadero, los países industrializados pretenden cumplir su responsabilidad en el calentamiento global del planeta y el desbordamiento de su huella ecológica más allá de sus fronteras nacionales. Estas transacciones no se establecen a través de un valor real y de precios justos para la captura de carbono, sino del poder negociador entre las partes. Puesto que los países pobres venden baratas sus funciones de captura de carbono –de la misma manera que lo hacen con el petróleo, los recursos estéticos y las riquezas genéticas que albergan sus reservas de biodiversidad–, los países del norte encuentran en este artificio legal (en la ficticia justeza del mercado y el comercio justo) un salvoconducto para saldar sus deudas ecológicas, sin que eso signifique una reducción efectiva de sus emisiones a niveles que aseguren el equilibrio ecológico y la sustentabilidad del planeta.

lación con la reconversión de 75 mil hectáreas de monte andino en Ecuador para su reforestación con eucaliptos y pinos: “al plantar pinos en los páramos, cuyos suelos tienen mucha materia orgánica, se desprende más carbono que el que ellos absorberán: una solución lose-lose” (Martínez- Alier y Roca, 2000: 461).

¹³ En realidad son el manejo de bosques nativos y los procesos de regeneración de ecosistemas secundarios los que presentan mayores capacidades de captura de bióxido de carbono por la intensificación de la fotosíntesis en los procesos de formación de biomasa, a la vez que ofrecen mayores oportunidades de empleo en la gestión participativa y en la apropiación colectiva de sus productos (Cf. Leff, 1994a, cap. 7).

Ésta es la eficacia de la retórica y de la política del desarrollo sostenible y de sus estrategias de simulación, que al tiempo que concentra el poder económico sobre la naturaleza, elude el interés global por la conservación y burla los derechos colectivos de las poblaciones indígenas. De esta manera, la mercantilización de la naturaleza bajo la geopolítica económico-ecológica emergente ahonda las diferencias entre países ricos y pobres bajo los principios del desarrollo sostenible. La nueva globalidad justifica las ventajas comparativas entre los países del Norte y los países del Sur, que se ven constreñidos a valorizar la capacidad de sus suelos, sus bosques y su biodiversidad para absorber los excedentes de emisiones de gases de efecto invernadero de los países ricos y a mercantilizar en condiciones inequitativas los recursos genéticos y ecoturísticos de sus reservas de biodiversidad. Las diferencias entre países centrales y periféricos ya no sólo resultan del pillaje y la sobreexplotación de los recursos. Las asimetrías de la distribución ecológica son camufladas bajo las nuevas funciones asignadas a la naturaleza por la lógica del “desarrollo limpio”.

Para algunos gobiernos estas políticas resultan positivas tanto en el plano económico como en el ecológico. El caso de Costa Rica se ha vuelto ejemplar por sus políticas de desarrollo sostenible bajo las reglas del MDL y los MIC, promoviendo la conservación de la biodiversidad y la siembra de bosques artificiales para incrementar la capacidad de captura de las emisiones excedentes de los países del Norte. En este sentido, la biodiversidad adquiere un papel económico pasivo y engañoso en el balance de las emisiones de gases de efecto invernadero y los procesos de mitigación del calentamiento del planeta. Este intercambio de funciones parecería brindar beneficios a los países tropicales: a cambio de la artificialización de los ecosistemas del Norte, del avance de la industrialización y la agricultura altamente capitalizada y tecnologizada, el Sur se permitiría el lujo de vivir de una “economía natural” –de la generosidad de la madre tierra–, aprovechando las “ventajas comparativas” de la localización geográfica de sus territorios para la captura de gases de efecto invernadero.

Más allá de la lógica de distribución de costos y beneficios actuales derivados de la gestión económica de la biodiversidad sometida a las reglas del mercado, sus efectos transgeneracionales son incalculables e inactualizables. Así, la disputa sobre una justa distribución de los beneficios derivados de los recursos genéticos –de la apropiación económica de la información genética, la bioprospección y la implantación de nuevas especies transgénicas– no se dirime en tér-

minos de una justa distribución de ganancias económicas, sino por el impacto de largo plazo en la conservación de la biodiversidad y sus efectos en la seguridad ecológica y la calidad de vida de la gente, principios y objetivos que no entran en la evaluación económica del negocio de la biotecnología y los cultivos transgénicos (Pengue, 2000). De allí que el “principio precautorio”, así como las visiones e intereses de los pueblos sobre las formas de uso y apropiación de la biodiversidad, deban prevalecer sobre la incierta contabilidad del valor económico incalculable de estos impactos.

En la geopolítica del desarrollo sostenible se ponen en juego ventajas y desventajas comparativas derivadas de la localización geográfica de los países y de la distribución de su oferta y sus riesgos ecológicos. Más allá de los posibles beneficios de la valorización de la biodiversidad, la situación geográfica de los países tropicales y del Sur ha tenido un efecto perverso en la concentración de impactos ambientales. Así, los efectos del enrarecimiento de la capa de ozono se han concentrado en la Antártica y en el Cono Sur, en tanto que los desastres ecológicos y humanos ocasionados por el impacto de huracanes y fenómenos meteorológicos derivados de fenómenos como el Niño o la Niña, tienden a manifestarse con mayor fuerza y frecuencia en la franja intertropical del planeta.

Por otra parte, la geopolítica de la globalización le confiere al mercado la capacidad de internalizar los costos ambientales y de constituir un nuevo capital natural con los bienes y servicios ambientales que hasta ahora han sido campos tradicionales de apropiación y manejo de un patrimonio de recursos naturales y bienes comunales que funcionan fuera del mercado. Más aún, asume *a priori* la voluntad de los pueblos del tercer mundo –en particular poblaciones indígenas y campesinas– de colaborar en este propósito, cediendo a las iniciativas del mercado temas fundamentales del desarrollo sustentable –manejo de recursos naturales, pobreza rural, seguridad alimentaria– que han vinculado a estas poblaciones con su entorno en prácticas no mercantiles que aseguran la autosuficiencia de las comunidades y la sustentabilidad de sus ecosistemas.

Los impactos ecológicos generados por la globalización económica están a su vez afectando formas ancestrales de convivencia y de manejo sustentable de la naturaleza. De esta manera, los desastres “naturales” se han convertido en los últimos años en una “razón de fuerza mayor” que han obligado a las comunidades indígenas y campesinas a abandonar sus prácticas milenarias de uso del fuego en el

sistema de roza-tumba-quema, muchas veces acusados de ser los causantes de estas tragedias “ecológicas”. Sería más justo reconocer que el calentamiento global del planeta –que no ha sido generado en primera instancia por los pueblos indígenas y poblaciones locales y del que son contribuyentes menores–, ha vuelto más vulnerables sus ecosistemas y más riesgosas sus prácticas, constriñendo sus opciones para un desarrollo sustentable autónomo a las estrategias globales del “desarrollo sostenible”.

Junto con la simulación de una supuesta distribución equitativa de los beneficios derivados de los cambios en el uso del suelo y la valorización económica de los servicios ambientales que induce el MDL, la equidad ante al problema del calentamiento global se ha planteado en términos de la reducción de los niveles actuales de emisiones y de cuotas entre países y entre personas. La reducción proporcional por países, como fuera planteado desde el inicio en el Convenio de Cambio Climático, estaría aceptando como base de este esfuerzo global las desigualdades existentes entre naciones, y condenando a los países en desarrollo –incluyendo a China e India– al subdesarrollo. Frente a este criterio, Agarwal y Narain (1991) propusieron el de una distribución ecológica por habitante –la cual estaría favoreciendo los altos índices demográficos de esos países– y la formación de un fondo para el desarrollo sustentable. En realidad, ninguna de estas opciones ofrece una solución para la muerte entrópica del planeta generada por la racionalidad económica dominante. Para alcanzar los objetivos de la sustentabilidad y de la equidad será necesario desconstruir la racionalidad económica y construir una racionalidad ambiental fundada en el *principio de productividad neguentrópica*.¹⁴

Hoy en día el signo más elocuente del límite ecológico al crecimiento económico y a la producción de entropía está dado por el desequilibrio ecológico causado por el calentamiento global y la capacidad de captura y dilución de bióxido de carbono por la biosfera y los océanos. Los mecanismos que han derivado de los acuerdos alcanzados para la implementación del Protocolo de Kioto en el marco del Convenio de Cambio Climático (con sus mercados emergentes sobre cuotas y derechos de contaminación), no permitirían reducir las emisiones más allá de aquellos niveles que no contravengan las condiciones e intereses del mercado: el crecimiento económico, la valorización de sus costos ecológicos según las reglas del mercado y la “des-

¹⁴ Ver cap. 4, *infra*.

materialización de la producción” que haga posible el progreso tecnológico. La apuesta del MDL es incrementar la captura de los excedentes de gases de efecto invernadero por las capacidades de fotosíntesis y biosíntesis de los bosques, los suelos y los océanos, elevando los umbrales y niveles del equilibrio ecológico del planeta. Si bien el MDL se orienta en este sentido, al mismo tiempo propone que la solución del problema no debe residir en última instancia en la captación del CO₂ a través del incremento de la biomasa del planeta, pues existe siempre el riesgo de que el carbono en forma vegetal tarde o temprano sea expulsado hacia la atmósfera debido a incendios forestales, quema de leña y otros procesos en forma de gases de efecto invernadero. Se propone así reducir la emisión de estos gases desde la fuente, una solución tecnológica a la degradación entrópica generada por la propia tecnología (Fearnside, 2001).¹⁵ La curvatura de esta debilitada sustentabilidad se hará asintótica antes de cruzar las coordenadas de la racionalidad económica estabilizando los ritmos de emisiones y el equilibrio entrópico del planeta. La racionalidad económica, y tecnológica no podrán revertir esos procesos de degradación ambiental y orientarlos hacia un desarrollo *sustentable*.

La constreñida operatividad del MDL, sujeta al funcionamiento de artificios del mercado, así como a la ratificación y el cumplimiento de los compromisos internacionales por parte de los gobiernos y a las resistencias a desacelerar la economía en beneficio del ambiente, ha llevado a propuestas más radicales, como el reclamo de la *deuda ecológica* de los países pobres. Si bien es imposible calcular el valor actual utilizando tasas retroactivas de descuento, así como dar un valor crematístico real a los bienes y servicios ambientales, la movilización social en torno a la deuda ecológica no deja de ser un carismático recurso ideológico y político, que al nombrar la inequidad histórica, nutre la resistencia a la globalización y apoya las acciones políticas a favor de la sustentabilidad. Empero, la solución a la deuda ecológica, al intercambio desigual y a la inequitativa distribución de beneficios en el marco de la geopolítica del desarrollo sostenible, es impo-

¹⁵ A diferencia de los grupos de interés que esgrimen este argumento contra la inclusión de los bosques en el mecanismo de desarrollo limpio, las organizaciones de base en Brasil y la Amazonía abogan por su inclusión. Claramente, lo que están defendiendo es su interés porque la biodiversidad y los bosques sigan siendo un territorio y un hábitat, frente a los criterios especulativos de quienes no viven en la biodiversidad sobre el peligro de la acumulación de carbono en forma de materia vegetal que eventualmente sería devuelta a la atmósfera.

sible dentro de una regla equitativa de intercambio, pues más allá de la inconmensurabilidad de los valores –económicos, ecológicos, culturales– involucrados,

estamos en una sociedad en la cual el intercambio se vuelve cada vez más improbable, en la que las cosas cada vez menos pueden negociarse realmente, porque se han perdido las reglas o porque el intercambio, al generalizarse, ha hecho emerger los últimos objetos irreductibles al intercambio, y éstos se han convertido en la verdadera encrucijada [...] Lo incambiable es el objeto puro, aquel cuya potencia impide, ya sea poseerlo, ya sea intercambiarlo (Baudrillard, 1983: 52).

Además, la equidad a través del intercambio es imposible porque éste supone forzar el valor de mercado como unidad de medida, con lo cual se pierde el valor ecológico y cultural de la naturaleza, que irremediamente se desustantiva y desnaturaliza para ser codificada como valores económicos. Como apunta Gorz,

El orden basado en el mercado es fundamentalmente amenazado cuando la gente encuentra que no todos los valores son cuantificables, que el dinero no puede comprarlo todo, y que eso que no puede comprar es algo esencial, o incluso *lo esencial* (Gorz, 1989:116).

En este campo de controversias y de búsqueda de opciones, el predominio de las estrategias de valorización económica de la naturaleza está excluyendo otras alternativas de manejo productivo de la biodiversidad, lo cual ha venido generando una oposición de las poblaciones indígenas a someter el valor de sus bosques a la función de captura de carbono. El MDL no representa un instrumento neutro para los diferentes países y actores sociales del desarrollo sostenible. Las ventajas percibidas por algunos países difícilmente pueden generalizarse como un modelo o una norma para otras regiones y comunidades que no entran tan decididamente en el juego de la “implementación conjunta”.¹⁶ Las transacciones económico-ecológicas

¹⁶ En este sentido, los pueblos indios representados en el Primer Foro Internacional de los Pueblos Indígenas sobre Cambio Climático, celebrado en Lyon, Francia, en septiembre de 2000, expresaron su oposición a la inclusión de los sumideros de carbono bajo el MDL porque “significa una forma reducida de considerar nuestros territorios y tierras a la captación o liberación de gases de efecto invernadero, lo cual es contrario a nuestra cosmovisión y filosofía de vida. La inclusión de sumideros provo-

—como en el intercambio de deuda por naturaleza— operan en espacios y montos marginales, de manera que sus estrategias compensatorias no alcanzan a frenar las causas y los efectos ecodestructivos generados por la racionalidad económica dominante. El progreso tecnológico orientado hacia la reconversión ecológica está disminuyendo los ritmos de producción de gases de efecto invernadero, pero no llega a revertir un proceso que ya ha rebasado los umbrales del equilibrio ecológico y que ha empezado a desencadenar severos impactos en el ambiente y en la humanidad, sobre todo en los territorios y las comunidades más vulnerables.

Más allá del simulacro del desarrollo sostenible se están abriendo posibilidades para construir una nueva economía, fundada no sólo en la productividad económico-tecnológica y las estrategias del conservadurismo ecológico, sino en una nueva racionalidad productiva basada en el potencial productivo de los ecosistemas y en la apropiación cultural de la naturaleza. Esto ofrece nuevas vías para generar formas diversificadas de producción sustentable deslindándose del mercado como ley suprema del mundo globalizado. Se trata de la desconstrucción de la racionalidad económica y de la construcción de nuevos territorios de vida.

CONSTRUYENDO NUEVOS TERRITORIOS DE VIDA: HACIA UNA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA, LA IDENTIDAD, EL SER Y EL TIEMPO

Ante el proceso de globalización regido por la racionalidad económica y las leyes del mercado está emergiendo una política del lugar, del espacio y del tiempo (Leff, 2001b) movilizadora por los nuevos derechos culturales de los pueblos (CNDH, 1999; Sandoval y García, 1999), legitimando reglas más plurales y democráticas de convivencia social y de reapropiación de la naturaleza. En esta reafirmación

cará además una nueva forma de expropiación de nuestras tierras y territorios y la violación de nuestros derechos que culminaría en una nueva forma de colonialismo [...] creemos que [el MDL] es una amenaza por la continua invasión y pérdida de nuestras tierras y territorios y la apropiación de ellas a través del establecimiento o la privatización de nuevos regímenes de áreas protegidas [...] Nos oponemos rotundamente a la inclusión de sumideros, plantaciones, plantas de energía nuclear, megahidroeléctricas y de energía del carbón. Además nos oponemos al desarrollo de un mercado de carbono que ampliaría el alcance de la globalización.”

de las identidades se manifiesta lo real de la naturaleza y lo verdadero de la cultura frente a una lógica económica que, habiéndose constituido en el más alto grado de racionalidad del ser humano, ha generado un proceso de degradación socioambiental que afecta las condiciones de sustentabilidad y el sentido de la existencia humana.

La *sustentabilidad* se enraiza en bases ecológicas, en identidades culturales y en territorios de vida; se despliega en el espacio social donde los actores sociales ejercen su poder de control de la degradación ambiental y movilizan potenciales ambientales en proyectos autogestivos para satisfacer las necesidades y aspiraciones que la globalización económica no puede cumplir. El *territorio* es el *locus* de los deseos, demandas y reclamos de la gente para reconstruir sus mundos de vida y reconfigurar sus identidades a través de sus formas culturales de valorización de los recursos ambientales y de nuevas estrategias de reapropiación de la naturaleza. Si la economía global genera el espacio donde las sinergias negativas de la degradación socioambiental hacen manifiestos los límites del crecimiento, en el espacio local se forjan nuevas *territorialidades* (Guattari, 1989) y emergen las sinergias positivas de la racionalidad ambiental para construir un nuevo paradigma de productividad ecotecnocultural.¹⁷ Sus geografías son las marcas que los movimientos sociales van dejando sobre la biosfera para inscribirse en *su territorio*, escribir *su historia* y reapropiarse *su naturaleza* (Gonçalves, 2001).

El territorio es *lugar* porque allí arraiga una identidad en la que se enlazan lo real, lo imaginario y lo simbólico. El ser cultural elabora su identidad construyendo un territorio, haciéndolo su morada. Las geografías se vuelven verbo. Las culturas, al significar a la naturaleza con la palabra, la convierten en acto; al ir la nombrando, van construyendo territorialidades a través de prácticas culturales de apropiación y manejo de la naturaleza.¹⁸ Sus tierras “comunes” no son tierras libres ni naturaleza virgen; estos espacios han sido significados por la cultura, trabajados, recorridos, transformados, convertidos en territorios étnicos y culturales, frente a la racionalidad del capital y del estado moderno que promueven un desarrollo económico que ha querido desprenderse de la naturaleza dominándola e instrumentándola, haciéndola “recurso natural” (Thompson, 1998). La globalización

¹⁷ Ver cap. 4, *infra*.

¹⁸ El *seringueiro* toma su nombre del árbol de la *seringa* y llama *seringal* al lugar por donde camina y lucha para establecer su ser; funda un territorio donde forja una identidad que da sentido y sustento a la vida.

económica es insustentable porque desvaloriza a la naturaleza, al tiempo que desterritorializa y desarraiga a la cultura de *su lugar*. El mercado va erradicando al espacio vivido como proceso determinante de la transformación del medio. Frente a la racionalidad del capitalismo mundial integrado, hoy se reafirman las geografías de las culturas, generando una “tensión de territorialidades” de donde emergen nuevos actores sociales que dislocan el espacio en el cual se construyen nuevos sentidos existenciales y prácticas productivas, donde se reconfiguran las identidades en su lucha de resistencia frente a la globalización del mercado para reafirmar su *ser en la naturaleza*.

En el territorio se precipitan tiempos diferenciados donde se articulan identidades culturales y potencialidades ecológicas. Es el lugar donde convergen los *tiempos de la sustentabilidad*: los procesos de restauración y productividad ecológica, de innovación y asimilación tecnológica, de reconstrucción de identidades culturales. El eslogan “pensar globalmente y actuar localmente”, tan tenazmente promovido por el discurso del desarrollo sostenible, ha sido una artimaña para inducir en las culturas locales el pensamiento único y el saber de fondo de la racionalidad económica de un mundo hegemónico en el que no caben “otros mundos”. Empero, los retos de la sustentabilidad y de la democracia, de la entropía y la otredad, abren el cerco del pensamiento único globalizado y lo desplazan hacia las singularidades locales, conduciendo la construcción de una racionalidad capaz de amalgamar la potencia de lo real (ecología) y el sentido de lo simbólico (cultura): una racionalidad ambiental que acoge a la diferencia (las diversas matrices de racionalidad cultural) asumiendo su relatividad y su inconmensurabilidad.

El tiempo se estructura alrededor de eventos significativos, tanto sociales como económicos, como señalaba Evans Pritchard. Cada cultura define sus tiempos a través de sus cosmologías y sus sistemas simbólicos. El tiempo no es sólo la medida de eventos externos (fenómenos geofísicos, ciclos ecológicos, procesos de degradación y regeneración de la naturaleza), sino que se entreteje a través de la historia en las formas culturales de significación de sus mundos de vida, en la actualización de *identidades étnicas y seres culturales*. Frente a la codificación económica de la naturaleza fuera del ser y del tiempo, la racionalidad ambiental libera a la naturaleza designada por la metafísica y consignada por la racionalidad económica, para restituirle su lugar en la cultura y en la palabra nueva.

Una nueva política del lugar, de la identidad y de la diferencia es-

tá siendo construida a partir del sentido del ser y del tiempo en las luchas actuales por la identidad, por la autonomía y por el territorio. Lo que subyace al clamor por el reconocimiento de los derechos a la supervivencia, a la diversidad cultural y la calidad de vida de los pueblos, es una *política del ser, del devenir y de la transformación*, que valoriza el derecho de cada individuo, de cada pueblo y cada comunidad a forjar su propia vida y construir su futuro. Los *territorios culturales* están siendo fertilizados por un tiempo que recrea las estrategias productivas y los sentidos existenciales. No es sólo la reivindicación de los derechos culturales a preservar los usos y costumbres de los pueblos, sus lenguas autóctonas y sus prácticas tradicionales, sino una *política cultural* para la reconstrucción de identidades que proyectan a seres individuales y colectivos hacia un futuro, más allá del Mundo Objeto prefijado y excluyente. La política de la diferencia se manifiesta así como la resistencia a la hegemonía homogeneizante de la globalización económica y como la afirmación de la diversidad creativa de la vida desde su heterogénesis ecológico-cultural. La producción que objetiva la naturaleza entraña a su vez la significación de la naturaleza y de la producción cultural de valores de uso-significado, abriendo el cerco objetivador y totalizador de la producción impuesto por los códigos de la racionalidad económica:

La dimensión semiótica del proceso de reproducción social consiste en un producir-cifrar y un consumir-descifrar objetos-significaciones que sólo puede llevarse a cabo en la medida en que un código diferente de todos los que rigen a los seres vivos puramente naturales [...] el componer/descomponer libremente la forma del objeto práctico es un producir/consumir significaciones que juega con los límites del código, que rebasa la obediencia ciega de las reglas que rigen su realización (Echeverría, 1998: 186).

La sustentabilidad emerge como una fractura de la razón modernizadora, que lleva a construir una racionalidad productiva fundada en el potencial ecológico de la biosfera y en los sentidos civilizatorios de la diversidad cultural. La racionalidad ambiental no es la actualización de la razón pura en la complejidad ambiental; es una estrategia conceptual que orienta una praxis de emancipación del mundo sobreobjetivado y del logocentrismo del conocimiento. Es una vuelta al orden simbólico para resignificar el mundo. Sin embargo, la instauración de valores culturales no se da como una asignación de códigos predesignados a la naturaleza. La identidad no es una esencia

inscrita en el código de la cultura. La autonomía cultural se establece en un proceso de resistencia y confrontación con la racionalidad económica y con la geopolítica del desarrollo sostenible. En ese proceso se reinventan los significados, intereses y derechos de la cultura con la naturaleza. Mas si la sustentabilidad tiene por condición desprenderse del peso del Mundo Objeto y de la hiperrealidad generada por las formas dominantes de conocimiento, tampoco podrá realizarse en la abstracción del orden simbólico sin referentes ni conexiones con lo real. La recuperación del sentido de la vida se enlaza así con los potenciales y los límites de la naturaleza y de la cultura.

La política de la diferencia fundada en una ontología del ser y la ética de la otredad, se plantea en la perspectiva de una reconstrucción del mundo y una apertura de la historia. La política de la diferencia emerge del punto de saturación de la globalización y como resistencia al cerco impuesto sobre el ser diverso por un pensamiento único y homogeneizante. El derecho a la diferencia es un reclamo fundado en el principio primigenio del ser, pero que se manifiesta como reacción a los principios de universalidad, naturalidad, superioridad que promueve el proceso de globalización, que van absorbiendo y desustantivando las formas diversas de ser. La política de la diferencia no emerge ni de la confrontación ni del consenso de las singularidades de las distintas culturas que han surgido a lo largo de la historia, pues, como señala Baudrillard,

Otras culturas nunca han hecho reclamos de universalidad. Como nunca reclamaron ser diferentes hasta que la diferencia les fue inyectada por la fuerza como parte de una suerte de guerra del opio cultural. Estas culturas viven con base en su propia singularidad, su propia excepcionalidad, en la irreductibilidad de sus propios rituales y valores. No encuentran consuelo en la ilusión letal de que todas las diferencias pueden reconciliarse –ilusión que para ellas significa solo su aniquilamiento [...] Dominar los símbolos universales de la otredad y la diferencia es dominar al mundo [...] En la lógica de la diversidad en la unidad, del consenso de las diferencias, lo radicalmente Otro es intolerable: no puede ser exterminado, pero tampoco puede ser aceptado, de manera que tiene que promoverse el otro negociable, el otro de la diferencia. Es aquí donde empieza una forma más sutil de exterminio, una forma que envuelve a todas las virtudes de la modernidad (Baudrillard, 1993: 132, 133).¹⁹

¹⁹ La crítica de esta lógica de reunificación, consenso y negociación de las diferencias en el contexto de una racionalidad comunicativa, y una propuesta para superar

Sin embargo, la etapa en que las culturas vivían en la inocencia y desconocimiento de su “diferencia”, habitando simplemente en la autonomía de su singularidad, ha quedado atrás en la historia de la humanidad. En el encuentro de culturas, el conquistador que se impone al otro conquistado desencadena la dialéctica del amo y el esclavo. El proceso de globalización de la economía ha disuelto el mundo de coexistencia de la diversidad; desconoce a la cultura y la naturaleza, englobándolas en el código del valor de mercado. La sobreeconomización del mundo avanza subyugando culturas, sometiendo la diferencia, eludiendo la otredad e ignorando a su gran Otro: el ambiente.

El discurso de la globalización económica, al tiempo que pregona su reconocimiento de las diferencias étnicas, despliega una estrategia para convertirlas al credo de las leyes supremas del mercado y para recodificarlas en términos de valores económicos. Si bien se ha incorporado el principio de equidad al imperativo de la sustentabilidad, las políticas del desarrollo sostenible han incrementado las desigualdades sociales al inducir una estrategia de asimilación y exterminio del ambiente y de la diversidad cultural como lo absolutamente otro de la racionalidad económica.

La política de la diferencia es una política de resistencia de la cultura a ser englobada por el mercado y la razón económica; a partir de ese principio de demarcación de la globalización económica se construye una nueva racionalidad que emerge de la potencia del ser (de la naturaleza, la cultura, la tecnología), de la hibridación de procesos materiales y simbólicos que abren la vía hacia un mundo interrelacionado e interdependiente que ya no tiene un eje central y un solo polo de atracción, sino que se constituye en la convivencia de individualidades singulares, de diversidades culturales y de racionalidades diferenciadas en nuevos territorios existenciales.

La otredad que viene del ambiente no sólo se manifiesta en su presencia antagónica, como una reacción hacia la racionalidad dominante y un proceso ineluctable de descomposición; aparece sobre todo como principio ontológico del ser (Heidegger) y un valor ético (Levinas) que abren alternativas a la globalización homogeneizante. En esta perspectiva, la diferenciación no es el proceso “virulento”, la metástasis que lleva a la clonación por contagio de la contigüidad y

el principio dialéctico de la reconciliación de los contrarios desde el principio ético de una otredad radical, serán desarrolladas en el cap. 7, *infra*.

a legitimizar las desigualdades ecosociales, siguiendo la narrativa baudrillardiana. La "fatalidad" de la degradación ambiental no viene de un "agente no humano"; su "hiperrealidad" es producto del pensamiento globalizador y cosificante, de la epistemología y las formas de conocimiento que avanzan afirmando su positividad, objetivando al mundo y negando el no saber (Bataille, 2001).

Baudrillard transparenta, tematiza y temporaliza las estrategias fatales de la hiperrealidad que irrumpe en la escena del mundo (del pensamiento) en la posmodernidad. Sin embargo la simulación y el simulacro no son inherentes a lo real-en-sí, a una esencia ontológica de las cosas. Son un *efecto del conocimiento sobre lo real*, pero están al mismo tiempo en la "naturaleza" misma del orden simbólico. Reflejan en el mundo la imposibilidad de nombrar la diferencia como "estructura originaria", la prohibición de proferir el nombre de un "dios" como origen y causa de todas las cosas:

La *différance*, apenas enunciada, desaparece, se oculta identificándose con las efectivas diferencias que constituyen la concatenación del significante. Nombrar la diferencia no hace más que abrir el sistema de las diferencias que constituyen lo simbólico en su efectiva estructura diferencial; revela las diferencias como *différance*, es decir, en su naturaleza de *simulacros* [...] de huellas sin original, y de este modo sometidas a una suerte de *epoché*, de suspensión del consentimiento metafísico que las *archai* han pretendido siempre en el ámbito de la mentalidad representativa (Vattimo, 1985: 134).

Sólo lo real manifiesto en la crisis ambiental devuelve ese juego de diferencias suspendido en el orden simbólico hacia un referente material: lleva la diferencia que emerge del juego abstracto del lenguaje a la diferencia que produce la relación entre lo real y lo simbólico, el conocimiento y el mundo, el ser y el saber. Es el arraigo en el mundo y en los mundos de vida de la ley (naturaleza) y el sentido (cultura). Es la puesta en acto de una política de la diferencia en el campo conflictivo por la apropiación social de la naturaleza.

La retórica del desarrollo sostenible es fundamentalmente una estrategia de poder que transfiere el control de la producción de la teoría a un dispositivo ideológico. Esta operación simbólica funciona dentro de los aparatos ideológicos del capital transnacional buscando legitimar las nuevas formas de apropiación de la naturaleza a las ya no sólo podrían oponerse los derechos tradicionales a la tierra, el trabajo o la cultura. La resistencia a la globalización lleva a desac-

tivar el poder de simulación y perversión de las estrategias de la globalización económico-ecológica. Frente a ellos emergen nuevos derechos ambientales y culturales (Leff, coord., 2001) y una voluntad de poder para construir una racionalidad social y productiva que, más allá de burlar el límite como condición de existencia, refunde la producción desde los potenciales de la naturaleza y los sentidos de la cultura.

La geopolítica del desarrollo sostenible se inscribe dentro de una geopolítica del conocimiento, en estrategias de poder en el saber donde juega por una parte el conocimiento hegemónico producido por el modelo de la civilización europea, y por otra los saberes excluidos, subyugados, colonizados (Foucault, 1980; Lander, 2000; Mignolo, 2000). La racionalidad ambiental atraviesa ese campo de fuerzas. Arraigar la sustentabilidad en nuevos territorios de vida implica, más allá de construir nuevas epistemologías y ontologías, generar estrategias del saber para enfrentar las estrategias del conocimiento que han colonizado los saberes y las prácticas de seres culturales diferenciados que habitan un planeta biodiverso.

La capitalización de la naturaleza está generando así diversas manifestaciones de resistencia cultural al discurso y a las políticas del neoliberalismo ambiental, al igual que nuevas estrategias para la reapropiación del patrimonio histórico de recursos naturales y culturales de los pueblos. Se está dando así una confrontación de posiciones entre las estrategias para asimilar las condiciones de sustentabilidad a los mecanismos del mercado y movimientos de resistencia que se articulan con la construcción de un nuevo paradigma de sustentabilidad, en el cual los recursos ambientales aparecen como potenciales capaces de reconstruir el proceso económico dentro de una nueva racionalidad productiva, planteando un proyecto social fundado en las autonomías culturales, la democracia y la productividad de la naturaleza (Leff, 1994a). Ello implica a su vez reconectar el orden simbólico y cultural, dislocado y alienado, con el orden de lo real, con la naturaleza como una ley límite y como potencial para la construcción de un mundo sustentable. La racionalidad ambiental enfrenta de esta manera a las estrategias fatales de la globalización y del desarrollo sostenible.